

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS
(II PARTE) 09-06
EL PADRE DEL CUCHILLO
(II, cc. 2-3)**

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 18/07/2023
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

**Encuentro de Antón Dolores y Lauari Bujudmi,
el padre del cuchillo, en la recién terminada casa del reloj de sol,
con la llegada a dicha casa de Antonio SNP y Prófugo Tito,
componentes de una banda jivi**

El encuentro con Antón Dolores había de ser, sin embargo, el gran acontecimiento de aquel año para Lauari Bujudmi, gran acontecimiento en definitiva para el futuro paraíso de las islas.

Llegaba Antón Dolores al aeropuerto de la ciudad de los vientos, su pelo rojizo, del color del cabello alheñado, pero natural, unas gafas de negro impenetrable los cristales, con cartas del capitán Mengano para Lauari Bujudmi. Allí, en el aeropuerto, éste le esperaba. Pasados los controles reglamentarios con la facilidad que daban la ligereza de equipaje y los pocos pasajeros que viajaban en aquel vuelo, el aún joven Antón se encontró frente a frente con el más joven aún Bujudmi que le observaba con curiosidad.

--¿Señor Dolores?

--El mismo. Supongo que Usted será el padre del cuchillo.

Lauari no reaccionó ante la extraña manera de decir su nombre y no supo responder. Tras unos segundos de indecisión, habló.

--Me llamo Lauari Bujudmi, y he recibido del capitán Mengano noticias...

Antón le interrumpió, sonriente, mientras se quitaba las gafas y dejaba observar sus ojos negros al perplejo chaval que le esperaba.

--Justamente, Lauari. El padre del cuchillo es una posible traducción a mi lengua de su hermoso nombre familiar.

Se estrecharon la mano con calor, luego Lauari recordaría que en emocionante clímax afectivo de emisiones-recepción sedante. Lauari Bujudmi, "el padre del cuchillo" para aquel extranjero, condujo a Antón a su casa, la casa del reloj de sol recién abierta. Durante todo el trayecto recorrido entre el aeropuerto y la casa del reloj de sol, en la villa nueva de la ciudad de los vientos, apenas intercambiaron

algunas palabras sobre el buen tiempo en aquella primavera, sobre la salud del capitán Francesco Mengano, excelente, y sobre la gran nube de arena que tamizaba, dorándola, la fuerte luz solar del mediodía. "Fascinante, esta atmósfera amarilla", había musitado Antón Dolores, como para sí, su perfil aguileño recortándose sobre el cristal moteado de polvo dorado de la ventanilla del automóvil.

--No es frecuente el viento del sur en estas fechas, pero parece como si hubiera querido el Sahara estar presente para darle la bienvenida -le comentó Lauari Bujudmi al recién llegado, cortés.

--Os agradezco, al Sahara y a ti, vuestra presencia -respondió el viajero con toda seriedad.

No volvieron a dirigirse la palabra hasta llegar a la casa, en la villa nueva de la ciudad de los vientos. Antón Dolores, las gafas negras y traje holgado blanco, y Lauari Bujudmi, con cómoda chilaba o almolafa blanca, dejaron el taxi a la entrada de la callejuela peatonal, escalonada en algunos tramos, adonde daba la discreta puertecilla de acceso a la nueva morada del padre del cuchillo.

Era aquella la casa del reloj de sol: un gran salón rectangular con puerta y tres ventanas, con patio igualmente rectangular e igualmente comunicado con el interior por una puerta y tres ventanas, y del que una escalera de azulejos de hermosa trama geométrica tricolor permitía el ascenso a la terraza. En el más largo de los tres altos muros, medianeros con las casas vecinas, había mandado calcular el Bujudmi un curioso reloj de sol de cuatro palos, uno por cada estación, al que le había dedicado su primer año completo, año bisiesto, de estancia en la ciudad. Aquel año bisiesto, primero suyo en la ciudad tras la entrevista en Nápoles con el capitán Mengano y la entrevista en Palma con los corsarios Escandalera y de la Capra, había sido para el Bujudmi, ocupado en la construcción de aquel reloj de sol de cuatro esferas -círculos, mejor- separadas, el año de preparación del gran salto hacia el sur, año inicial de su iluminación, por usar alguna palabra. Con minucia había ido señalando día a día los puntos hasta donde llegaba la sombra de la varilla en la pared, en cada círculo según la estación; marcadas las señales, en el tiempo libre había ido decorando los conjuntos con dibujitos graciosos que se le ocurrían a él y a los contertulios e invitados que le visitaron durante aquel año, sobre todo su prima Fatema -en realidad sobrina, pero no es importante porque a ellos no les preocupaba-, Sherico algunas veces, amigos y amigas de la ciudad de los vientos.

Y, ahora, Antón. Lauari le enseñó la gran casa rectangular, gran sala con seis ventanas y dos puertas, prácticamente sin muebles pues el suelo, cubierto por alfombras multicolores, estaba mullido en uno de sus sectores, estrado para reposar durante el día y dormir las noches frías. Aquí y allá, cojines, almohadones, mantas plegadas y bandejas grandes o senías en las que se depositaban los objetos de uso cotidiano,

todos objetos necesarios, ninguno superfluo salvo algún cachivache bonito que alguien hubiera traído como regalo y que no era raro que se volviera a ir también como regalo de recuerdo de la casa. En el lado opuesto al del estrado, todo el frente estaba ocupado por un ingenioso mecanismo que ocultaba el lugar que pudiera llamarse cocina, armario ropero, retrete y baño, así como estantes para libros y objetos necesarios o de recuerdo -todo objeto superfluo tiene un sencillo sentido: recordar-, espacio con el que se podía jugar a base de puertas correderas y cortinas, como biombos o mamparas que mostraban u ocultaban a los habitantes de la casa su contenido. Cortinas ligeras para el invierno y densas para el verano tamizaban la luz que entraba del exterior.

Ya en el interior de la casa, Bujudmi y el recién llegado Antón Dolores, éste recorrió el recinto con la mirada, taimado, y luego miró a Bujudmi.

--Exacto, chico. Muy logrado... Sedante. Me gustaría que vinieras conmigo al gran llano del sur. Nos necesitamos, guía vidente para guía vidente, para llegar más lejos.

Prepararon un té. Después de charlar sobre el capitán Mengano y sobre los sucesos del vecino país que Lauari presenciara -Antón había oído hablar de Yamel el Inflexible, pero no le conocía ni conocía su país-, Antón Dolores le hizo algunas observaciones sobre el interior de la casa; en concreto, que las seis ventanas y las dos puertas necesitaban, al menos, una puerta más -mejor era abrir huecos que cerrarlos— para colmar la armonía.

--No sé por qué me molesta el ocho, ¿ves? Pero la tercera puerta no tendría sentido, por otro lado, pues a ninguna parte habría de conducir -reflexionaba en alto Antón.

Permanecieron pensativos mientras terminaban el té.

--¡Ya está! -y a Lauari se le había animado la mirada de tal manera que casi parecía sonreír ella sola al margen de su rostro-. ¡Una claraboya o una cupulita de cristal!

Eso era. El noveno hueco bien podría ser una claraboya que se pusieron de inmediato a diseñar y quedó perfilada como una cúpula no de gran tamaño, de cristal, que pudiera abatirse o abrirse y por la que también se pudiera ascender a la terraza por medio de escalas plegadas en lo alto y que se pudieran recoger y echar desde la azotea o terraza y desde la sala misma.

--Exterior e interior bien comunicados, perfecto.

Antón Dolores, resuelto el problema que pudiera parecer fútil, con la ayuda de Lauari, quiso ver el patio con el múltiple reloj de sol. La luz, dorada por la arenilla del desierto que trajera consigo el viento del sur, daba al patio un irreal aspecto que hacía resaltar los grafismos y figuras del muro.

Antón le echó una mano al hombro al Bujudmi y, con su seriedad característica en la que siempre podía hallarse un guiño irónico, reflexionó en alta voz.

--Bien, bien... Los cuatro círculos del muro largo, uno por cada estación, perfectamente anotadas ya las horas del día. Orientado al sur, claro, para que siempre tenga luz solar directa. Pero en este patio caben más posibilidades: se podría hacer algo similar en el muro orientado al este y en el orientado al oeste. Y aún más todavía. Los cuatro círculos podrían sintetizarse en uno que contuviera toda la información y que, combinado así mismo con la información obtenida de los otros dos muros, tal vez permitiera construir una esfera, aun contando con que el lado norte está en sombra... Y cabrían aún más combinaciones con otros estudios sobre muros de orientaciones intermedias, N.E., N.W., S.E. y S.W., y así indefinidamente. Sería laberíntico el estudio, pero posible, realizable con paciencia. Hoy, además, con una simple computadora y un plan informático sencillo, sería bien fácil.

Los dos, esta vez, rieron a carcajadas. Antiguos laberintos que hacían sonreír, misterios que al desvelarse podían hacerte desternillar de la risa por su simpleza.

--Diminuto es el hombre, padre del cuchillo, tan diminuto como ese tonto misterio de la trinidad, como el misterio de las religiones.

A la escalera de cerámica tricolor el ya muy animado Antón no opuso ninguna objeción. La subieron sin más y, ya en la terraza, en cuyo centro calcularon cómo quedaría la cupulita claraboya, contemplaron el espléndido paisaje.

Y es que en la casa del reloj de sol, en uno de los límites de la ciudad nueva, sin otras construcciones frente a ella que le entorpecieran la visión, la a simple vista no demasiado alta terraza dominaba un espléndido paisaje: la vieja Güajarán, con el castillo de los españoles en lo alto, y el mar. Antón Dolores, conmovido, abrazó al padre del cuchillo y se le saltaron las lágrimas. El viento de arena doraba y reverberaba, hacía reverberar el aire agitado por minúsculas partículas, prácticamente invisibles una a una y móviles -¡aquella luz!-, y el azul intenso, y el colorido apagado o vivo de las casas, y el verdor de los árboles y los jardines, aquí y allá esparcidos, constituían un todo armónico de una irrealidad tan rara y tan palpable que sobrecogía.

Oyeron a Sherico y a Fatema que, desde la puerta de la casa, llamaban a voces a Lauari.

--¡Entrad! -les respondió desde la azotea.

Venían con algunos amigos.

--El santo espíritu: los otros -sonrió irónico Antón.

Mantuvo la mirada del joven Lauari, al principio sorprendido, y luego estallaron en una nueva carcajada.

--¡La madre que te parió, Dolores! -decía el Bujudmi mientras descendía por la escalera para reunirse abajo con los amigos, sin dejar de reír-. Creo que nos vamos a llevar divinamente y que nos vamos a divertir en el sur.

Antón aún permaneció un rato en la azotea para contemplar el magnífico espectáculo de la ciudad bajo el viento del sur.

Venían con Sherico y Fatema Bujudmi dos muchachos, al parecer en viaje norte-sur. Víctimas de un engaño más del malvado Bartolillo Escandalera en aquel viaje, éste los había abandonado en el puerto de la ciudad de los vientos con cartas con falsa dirección que les había dicho gestionadas en la isla menor balear Formentera. Desde el puerto grande de la ciudad de los vientos un marino, amigo de Sherico, apiadado de ellos, su juventud poco experimentada en tierra extraña, los había conducido a la casa de Mamía en la cueva del agua; Sherico, terminada la faena de echar las redes, se había puesto en contacto con Fatema: allí estaban, pues, en un lugar adecuado para orientar a los desorientados, en la casa del reloj de sol de Lauari Bujudmi. Y se habían encontrado con la inesperada presencia de otro viajero, con Antón Dolores.

--Magnífica atmósfera amarilla -comentó el Dolores al entrar en la gran sala en donde ya estaban todos.

Los chavales le saludaron y a Antón le hizo gracia uno de ellos, el más crío del grupo, que se dijo llamar Antonio ese ene pe.

--Y eso, ¿qué es? -preguntó Antón.

--No lo sé. La poli que me hizo los papeles me puso una S grande, una N grande y una gran P. Así: SNP, ¿ves? -el chaval, de unos dieciséis años, se lo trazó con el dedo en la alfombra de anchas franjas verdes dominantes y otras más estrechas rojas, amarillas, violetas y negras.

Lauari se echó a reír. Aquello significaba "sin nombre patronímico", una abreviatura que había utilizado mucho la policía de ocupación europea en la región, y que para algunos se había convertido en verdadero apellido durante muchos años. Se lo explicó.

--¿No conoces a tus padres? -se interesó Fatema Bujudmi con tono maternal.

Después de unos segundos de indecisión, el chaval rompió a hablar.

--Me acuerdo vagamente de ellos, pero en imágenes muy raras. Huíamos de un gran incendio de la ciudad y sonaban campanas de iglesia y almuédanos de mezquita. Luego pasaron aviones y el hombre aquel, que debía ser mi padre, un rostro así, muy hermoso, con los ojos claros pero las cejas muy negras, que poco antes me había gritado algo que no logro recordar pero que debía ser una orden de "¡corre!", "¡vete!" porque me puse a correr como un loco detrás de una mujer también de ojos claros y rubia, que lloraba y a mi me asustaba su manera de llorar y de acariciarme la cara, contacto que aún percibo algunas noches y que me produce una gran pena y ganas de llorar a mí también aún hoy, corrí tras aquella mujer pero no podía alcanzarla y cuando, al fin, llegué a su lado bajo un árbol grande, creo que era una higuera, junto a un pozo, estaba tan inmóvil y tan blanca, allí apoyada en el brocal del pozo bajo la higuera, que me solté a llorar porque, aunque no sabía lo que era aquello, una mujer muerta, supe de repente que aquellos bellos ojos abiertos no me volverían a ver y aquellas hermosas manos blancas que se apoyaban blandamente en el sillar de piedra ocre del brocal no me volverían a acariciar como recordaba y recuerdo vagamente que lo hacían...
-En medio del silencio general el muchacho Antonio SNP hablaba, con los ojos clarísimos encendidos, como un iluminado, sentado a la turca en la alfombra de colores, el grupo recostado en las colchonetas en torno a él.

--Sigue, por favor -le rogó Fatema.

--También recuerdo, como si de un sueño se tratara, que salí de aquel lugar lloriqueando, moqueando, asustado, por un hueco del tapial derrumbado de aquel huerto y tras el que había una calle por la que corría mucha gente hacia el campo, hacia un bosquecillo cercano de pinos no muy altos, más allá del cual se extendía el mar, y por donde en aquellos momentos se ocultaba el sol en el centro de un como incendio anaranjado y rojo que me fascinó y me hizo, por un momento, olvidar mi pena. Detrás de mí, otro incendio, un incendio real, consumía el poblacho aquel o gran ciudad, no lo sabría precisar con exactitud, y yo en el centro de aquellos dos espectáculos encarnados y amarillos...
-El chaval Antonio SNP estaba dando, a su corta edad, una magistral lección de narrador, como reconocieron todos entre risas al final del relato-. Luego, ya no puedo recordar nada más que múltiples escenas de bandas de niños mendigos y colegios duros y desagradables en donde nos encerraban de vez en cuando y en los que, en los pocos meses o semanas que tardábamos en estudiar el terreno y planear la fuga, siempre en grupos de tres a siete chavales, yo estudiaba los libros y las lenguas que nos enseñaban, francés, árabe o español. Hasta aquel día no muy lejano, Tito, en el que te elegimos a ti como jefe de la banda jivi que montamos los siete compañeros -y Antonio SNP se dirigía al chaval algo mayor que él, aunque no pasaría de los veinte años, presentado como Prófugo Tito-. Con la banda jivi pudimos hacernos más fuertes en eso de buscarnos la vida y protegernos un poco el cuerpo; un poco mejor, digo, que en los malditos colegios en donde nos abrasaban a palos, o en las malditas calles de la ciudad de la costa, en donde nos abrasaba la poli

o, si nos descuidábamos, nos destrozaban hasta el culo los mil veces malditos ricachos de los hoteles de la avenida... Sobre todo al Martín, uno de los nuestros al que tenemos que ponernos a buscar de inmediato, ¿verdad Tito?, que gustaba tanto a aquellos hijoputas que llegaban a pelear por él en las esquinas, lo que maldita la gracia que le hacía al pobre Martín; pero que a nosotros, mientras terminábamos de organizar la banda, buena ayuda de dinero nos traía -Antonio parecía mostrarse más locuaz y animado en la narración-. Con la banda jivi de Prófugo Tito, poco después, ya pudimos aviarnos mejor y curar a Martín y cuidarnos a todos. Éramos cinco músicos en la banda, más Martín y Martina que no sabían tocar ningún instrumento musical pero de quienes no nos hubiéramos separado nunca. Si no hubiera sido por el pirata maldito, Bartolillo, a quien el cielo confunda.

Aquí intervino el llamado Prófugo Tito para abreviar la narración de su compañero de horas felices y desdichas. En dos años de actuaciones con la banda jivi, en la cual él cubría los teclados, con la ayuda cada vez mayor de Martín y Martina a quienes habían iniciado en derbucas, bongos, platillos y otras sencillas percusiones complementarias, se habían ido bandeando entre la costa norte magrebí y la costa sur española, con frecuentes viajes por el túnel recién construido bajo el estrecho de Gibraltar. Hasta la muerte del rey Malek, a raíz de la cual no se habían atrevido a volver a la costa africana. Se decidieron, al fin, cuando supieron con certeza que Yamel el Inflexible se estaba portando bien con la gente que, como ellos, había sufrido mucho. Para entonces habían tenido relativo éxito con dos canciones -"Aguanta, resiste" y "Atráncate con la basca"- y el llamado Tito, al mismo tiempo, problemas con su servicio militar en Andalucía -tras los que adoptó el nombre, al gusto de todos, de Prófugo Tito-, y decidieron pasar a Ceuta para adquirir un nuevo equipo de música en la mejor tienda electrónica de la ciudad. Fue allí donde el malvado Escandalera les había jugado la mala pasada. Ellos dos -contaba Prófugo Tito y Antonio SNP asentía-, con Martín y Martina, se habían embarcado en el bajel de Bartolillo Escandalera con casi la totalidad del material electrónico para conciertos adquirido, mientras tres de sus compañeros, la electricista Aurora, Lala Paki y Sidi Kid, esperaban en la ciudad de Ceuta la llegada de un sintetizador que necesitaban. Con buenas y zalameras palabras, aquel piratazo gordinflón y malo, de dudosa catadura, había quedado en conducirlos al puerto de Salé; pero, en plena noche, y tampoco ellos eran expertos en derrotas marinas, los había conducido justo en el sentido contrario, al puerto de la ciudad de los vientos; al parecer, el Escandalera tenía problemas con las nuevas autoridades policiales del régimen del Inflexible, y en el puerto de la ciudad de los vientos, como luego supieron, le aguardaba carga, creían que para Italia. En el puerto de la ciudad de los vientos los había abandonado y había zarpado con la carga prevista, más todo su material musical y sus dos compañeros Martín y Martina. Temían lo peor. Pero no tenían recursos para rescatar a sus amigos y pertenencias. Y aquello era todo.

En el medio del grupo entristecido por la historia narrada,

a Antón Dolores se le veía pensativo. Luego, se encaró con los dos muchachos.

--Arduo camino zurdo habéis tenido, chavales.
¿Tenéis algo que lamentar de vuestras experiencias?

--Algún piojo que otro demasiado juguetón -contestó rápido y casi festivo Antonio SNP-. Hemos tenido mucha suerte, sobre todo yo, al salir con el cuerpo bastante entero.

Sherico y Fatema le miraban en estado de estupor, pero Antón y Lauari Bujudmi rompieron a reír casi escandalosamente. Prófugo Tito y el chavalín Antonio intercambiaron una inteligente mirada y también se soltaron a reír, desinhibidos.

--Fíjate si hemos tenido suerte -acertó a añadir Prófugo Tito en un momento de calma de la risa- que he conseguido driblar a los de la leva de soldados que se empeñaban en encerrarte entre puertas y ventanas cuartelarias en el momento en el que soñabas con puertas y ventanas sobre el mar, colega mayor -su tono jocoso se prolongaba en risa espontánea, la fuerte hilera de dientes poderosos y blanquísimos, los ojos pequeños y chistosos muy brillantes.

Antón Dolores, de nuevo serio y reflexivo, volvió a interrogar, amable.

--La música... ¿os alumbraba la cabeza?

Fue Prófugo Tito quien le contestó, su mirada en la de Antón, aún brillantes ambas.

--Sí.

El pequeño Antonio SNP fue menos explícito en las palabras, aunque más expresivo de gesto. Asintió con la cabeza y de sus ojos clarísimos rodaron dos lágrimas temblorosas, como esferillas irregulares que tendían a la forma perfecta de la esfera y tal si reflejaran toda la luz en dos destellos idénticos y refulgentes, casi de neón. Al Dolores y al Bujudmi se les veía también ganados por la emoción. Esta vez fue Bujudmi, el padre del cuchillo, quien rompió el silencio con un peculiar tono semi-irónico y como buscando cierta complicidad.

--Es el humo de un cigarrillo, ¿habéis sufrido el acoso de algún fantasma malvado?

Antonio SNP contestó rápido.

--Alguna noche he tenido que abrazarme a algún compañero o compañera llorando de miedo, pero ellos me consolaban.

Y Prófugo Tito:

--Pero eso era antes. Ahora sabemos que son quimeras -y de nuevo la risa perfilando su rostro pícaro y claro-. La música misma es nuestro fantasma más obsesionante.

Antón, serio pero de buen humor, comentó con Lauari Bujudmi, aunque en un tono lo suficiente alto como para que todos pudieran escucharlo.

--Estos chavales de la banda jivi, al menos SNP y Prófugo Tito, han conseguido en plena juventud esa unidad brillante e inteligente de los esquizos que saben expresarse, ¿no crees tú eso, padre del cuchillo?

--No sabría expresarlo como tú lo expresas --contestó Bujudmi-, pero creo entender que es así, como lo dices. Creo que serán excelentes músicos o lo que deseen ser, excelentes conductores o mensajeros, excelentes compañeros de grupo.

Fue en esos momentos. Tras aquellas palabras. El SNP, como movido por un resorte, saltó de rodillas ante Antón y el padre del cuchillo y habló apresuradamente, tal si temiera que pudieran interrumpirle.

--Quiero quedarme con vosotros. No sé qué pensará Prófugo Tito ni que pensarán los otros, pero quiero estar cerca de vosotros, aunque sea como esclavo -y miró a Prófugo Tito.

*

Este amanuense quiere recuperar el resuello. En este instante en el que Antonio SNP miró a Prófugo Tito, expectante, tras haber llegado a ofrecerse como esclavo de aquellos para él "colegas mayores" que eran el Bujudmi y el Dolores. Y lo hace por dos razones. La primera, relacionada con el argumento de la historia que está intentando relatar de manera comprensible para todos. Como un día le contara Antonio SNP, ya mayor, era la segunda vez que se había ofrecido como esclavo a alguien; la primera, precisamente, había sido a Prófugo Tito dos años atrás, en el inicio de la banda jivi, y éste le había aceptado a prueba e incluso le había jugado alguna pequeña faena mala y de poca importancia para juzgar de su fidelidad, pruebas de las que había salido airoso el casi niño entonces Antonio SNP porque veía en Tito un guía para su problemática y oscura prosecución de viaje, circunstancia que tanto le angustiara. Pues la elección de un amo al que servir de esclavo -se decía así, con toda la crudeza— se había convertido en una moda, si no una verdadera necesidad, en aquellos tiempos difíciles que corrieron para la gente de los años previos al lanzamiento de la gran confederación.

La segunda razón por la que este amanuense hace un alto en el camino emprendido con este relato -camino en el que no es de menor importancia la ayuda que el relato mismo

ha de prestarle en su digamos viaje de clarificación íntima y personal-, la segunda razón es puramente estilística. A este amanuense se le antoja que en este capítulo concreto su manera de contar se comienza a parecer demasiado a los relatos que llamaran "hagiográficos", a las viejas historias de vidas ejemplares de tantas literaturas antiguas, frecuentes en todas las religiones de la tierra y no solo en las religiones de las áreas geográficas en donde se desarrollaría con más fuerza el paraíso de las islas, las religiones mediterráneas. Y no quiere que nadie se lleve a engaño con esta apariencia de relato hagiográfico, de relato sagrado. Líbrele el cielo de ello. Contravendría una de las más caras afirmaciones del padre del cuchillo, sobre la que sin duda habrá de volver este amanuense, aquella que se resumía en la máxima "nunca fundéis iglesia", concebida la palabra iglesia como grupo excluyente o cerrado, elitista al fin.

Se le viene a la cabeza, con ello relacionado, una anécdota sucedida en años posteriores a estos en los que se desarrolla el presente relato, sucedida en la casa del naranjal de Borondón el Antiguo en los años duros del gobernador Severino Muntañola, inmediatamente posteriores a la Gran Guerra. Habían acordado Borondón y Muntañola que alguien de la policía secreta muntañolina se instalara en la casa del naranjal para que viviera la vida cotidiana de aquella gente desde dentro, ya que todas las explicaciones dadas por Borondón a los polis no terminaban de dejarlos satisfechos. Pues, bien, un joven poli soltero de la región se instaló en la casa y, a los tres o cuatro días, se fugó con una chica polaca, este amanuense cree que una Ploncka, si no recuerda mal -habría que confirmarlo-, y desertó de la policía muntañolina. En una carta que dirigió a sus antiguos jefes, desde Génova, les decía que había sido una decisión personal, que se enrolaba en los grupos de la "basca viajera", así decía, en la jerga de la época. Muntañola pensó que aquello había sucedido así por mala elección de un individuo no apto para aquel trabajo. Nombró a un segundo poli para el mismo cometido, esta vez casado y con media docena de niños de corta edad, lo que era ya tan infrecuente en aquellos tiempos. Pues, bien, aquel segundo poli tardó más; pero terminó desertando de su trabajo también, después de un mes escaso de convivencia con los grupos viajeros, y a pesar de que todavía no había casas de los niños en donde cuidar de la educación de la gente menuda y eso hacía que el ex-poli ya y su mujer no tuvieran tanta movilidad como la gente y siguieran en la región. El desertar había sido, por ello, una dimisión con explicaciones, un elegir más maduro y fructífero puesto que le dio pie para justificar al gobernador Severino Muntañola el porqué de su acto. A la casa del naranjal llegaba gente y se iba con entera libertad, no había secretos, sólo gente infeliz de viaje en busca de compañía y de una función atrayente en un colectivo, gente que huía de un mundo que ni amaba ni le amaba a ella –la gente-, gente, en fin, cada vez menos desdichada a medida que progresaba

en su nomadeo. El Muntañola hizo un tercer ensayo aún. Nombró a un poli de mayor edad -el casado y con seis hijos, como su mujer, no superaban demasiado la treintena-, y le encargó la vigilancia desde dentro de la casa del naranjal; era tan anciano que hubieron de asignarle dos enfermeras para que le cuidaran. Las observaciones de aquel abuelo, de la confianza del gobernador, comenzaron a fundir el hielo de la desconfianza muntañolina, y propiciaron una decisiva entrevista entre aquel gobernador y el Babilónico. El viejo poli comunicó que la gente trabajaba y se divertía sin cometer delitos punibles, aunque sus formas de vida y de relación no fueran convencionales; y que lamentaba ser tan viejo porque, si no hubiera sido así, se habría enrolado él también en aquellos grupos de viaje. Finalmente, el Muntañola había comenzado a comprender y había rebajado el rigor en su trato con los grupos de la costa.

Pero este amanuense cree que se ha excedido en el paréntesis con esta insulsa -se le antoja así, tras releerla- anécdota. Y quiere continuar con la redacción. No sin advertir antes que todo lo que tenga de hagiográfico este momento del relato es pura coincidencia. La gente que aquí aparece no estaba "dictando" caminos sino ensayando abrirlos. Y sigo.

3

Planes para reunir la banda jivi dispersada por el engaño del malvado Escandalera y discurso de Antón Dolores sobre el hachís y la esquizofrenia

Aquella súbita salida del casi niño Antonio SNP cogió a todos de sorpresa. Fue Prófugo Tito quien primero reaccionó.

--Eres esclavo mío ya, tú, ¿lo has olvidado? -y con un guiño a Antón Dolores-. Y le aseguro, colega mayor, que no he sido un amo duro para él.

SNP saltó, casi airado.

--¡Hace tiempo que ya no soy esclavo tuyo, Tito! Ya somos colegas, ¿o no? -decía las palabras muy en serio-. Desde que la banda jivi funciona y ganamos dinero ya no hay ninguno que sea esclavo de ninguno.

Prófugo Tito respondió, rápido.

--¡Eso es! Y si tú ahora te echas un amo nuevo, de la banda jivi ¿qué pasa? Es algo que hay que tratar con el grupo, ¿no? Si cada uno hace lo que se le antoja en cada momento sin contar con los otros..., pues, qué sé yo, es como si a Martín y Martina los dejamos abandonados en manos de ese pirata Bartolera, o como se llame, y nos quedamos todos tan tranquilos.

No necesitó continuar Prófugo Tito. La reacción inmediata de Antonio SNP mostraba a las claras que había estado acertado con aquel argumento. El chico se puso en pie, como reglado por un resorte.

--Vale, Tito. Ya sé que lo primero es arreglar eso, pero lo que dije antes vale. Si me hicierais caso le pediríais a ese señor que os dejara a todos ser esclavos suyos o que hiciera de representante nuestro.

Antón sonrió.

--Lo de representante me parece mejor. Si os tuviera a todos por esclavos no sabría cómo daros de comer todos los días --Antón mostraba buen humor-. Porque esa es otra, ¿no?

Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, intervino apaciguador.

--El señor Antón Dolores está aquí sólo de paso, como vosotros estáis por accidente o por casualidad. No creo que sea éste el lugar más adecuado para que se haga cargo de un grupo de "esclavos", aunque el grupo lo tengáis bien organizado como una banda musical jivi -hizo una pausa; todos le escuchaban, atentos a la continuación-. Me parece haber captado, además, que a este "colega mayor" Antón, como decís, no le atrae demasiado esa moda de brindarse como esclavo y de aceptar esclavos, aunque sepamos que se juega mucho con las palabras -a Antonio SNP se le veía con los ojos bajos, algo desilusionado podría ser-. Hay infinidad de fórmulas, sin embargo, para conectar vuestro grupo, como banda musical jivi, con otros de los que comienzan a formarse por todas partes, con este mismo de la casa del reloj de sol o con el que Antón forme, si lo desea, para viajar a los oasis del sur -Después de estas palabras a Antonio SNP se le comenzó a ver más animado y hasta impaciente, escapándosele en un momento un tímido "sigue", casi inaudible-. Lo que yo creo es que, como muy bien señaló Prófugo Tito, más que la conexión con otros lo que debéis pensar ahora es en reunificar vuestro grupo dispersado, poneros en contacto con los que se quedaron en Sebta y localizar al malvado pirata raptor de vuestros compañeros más débiles -hizo otra pausa; todos parecían de acuerdo; se dirigió a Prófugo Tito-. ¿No lo crees así?

Tito asintió, mudo. Esta vez era él el que se mostraba como intimidado, al contrario que Antonio SNP. De un salto se puso de nuevo en pie y se expresó con resolución.

--¡Yo me encargo de localizar al pirata y de darle su merecido!

Antón sonrió, hizo sentar a su lado al muchacho enardecido que era Antonio y animó a Lauari a seguir hablando.

--Dinos tu plan, padre del cuchillo.

--Es simple. Uno de vosotros se queda aquí mismo, en esta casa nuestra, y desde aquí localiza a los tres colegas de Sebta...

--Sí, a Lala Paki, Sidi Kid y la electricista Aurora --era SNP el que hablaba.

--Eso es --continuó Lauari-. Mi prima Fatema puede ayudar en ello, experta como es en comunicaciones. Otro de vosotros puede viajar a Italia, con nuestro apoyo desde aquí mismo, y si hubiera suerte con el apoyo del capitán Mengano desde Venecia también, para localizar al malvado Escandalera y recuperar a vuestros dos amigos y el material robado por el pirata y que os pertenece.

--¡Yo me encargo del pirata! -insistió de nuevo, exaltado, el chaval SNP.

--No, tú eres muy crío -le interrumpió, esta vez con decisión, Prófugo Tito-. Tú esperas aquí a Chispas y a los otros.

--¿Chispas? -se interesó Antón Dolores-. ¿Es que sois más en el grupo?

--No. Chispas le decimos a la electricista Aurora --aclaró Tito-. Somos sólo siete.

Antonio SNP insistía en ser él quien persiguiera a Bartolillo Escandalera --"¡Es que le tengo ganas a ese perro!"- y el padre del cuchillo opinó de nuevo.

--Pienso que Tito tiene razón. Es mayor que tú, Antonio, y es más fácil que le acepten a él en el primer barco que salga para Italia.
¿No lo crees así, Sherico?

--Sí. Tito puede ser aceptado en cualquier barco con menores reticencias que Antonio por razones simples de edad y fortaleza física.

Sherico, que no había hablado hasta el momento, sorprendió a los dos chavales de la banda jivi y al propio Antón Dolores por su tono taimado, seguro y calmado. Antonio SNP, sentado al lado de Antón y más tranquilizado, le miraba boquiabierto.

--¿Tú tienes un barco? -le preguntó.

--Sí, pero es pequeño para adentrarse en el mar. La *Fluca linda* es una patera con motor para la pesca de bajura.

--Si tú me acompañas, seguro que encontramos al pirata --siguió el muchacho, obsesionado con su plan.

--Sherico no puede, chico -intervino el padre del cuchillo-. Tiene muchas cosas que hacer aquí, en la Cueva del Agua, y más ahora que su hermano Halimo navega lejos. Hay gente necesaria en un lugar y en una función y eso puede quitarle, de momento, movilidad. Tendréis toda la colaboración de los amigos de aquí, pero sois vosotros mismos los que debéis reagrupar a vuestra banda jivi dispersa. Por eso es mejor que Tito se embarque, con el apoyo logístico, si quieres llamarle así, que le brindamos, y que tú te encargues de lo que a simple vista parece más fácil: hacer que los tres que están en Sebta se os reúnan, si lo deseáis en esta misma casa.

Antonio SNP pareció comprender que aquello era lo más lógico y prudente, dentro de la, si no desesperada, sí un poco disparatada situación. Pareció contentarse con la opinión más general cuando decía a Tito:

--Cuando te toques al pirata, Tito, le das de mi parte un puñetazo en los dientes y, si le tienes a mano, le metes un dedo en un ojo hasta que le duela, pero sin sacárselo... Le haces alguna herida que le sangre pero que no le mate, algo que le deje cicatriz para que se acuerde toda la vida de nosotros.

Rieron la ocurrencia del chico, más niño de lo que aparentaba. De repente, se dieron cuenta de que debía de ser muy tarde. Fue Fatema Bujudmi la que tomó las más prontas resoluciones. Mientras ella se encargaba de las comunicaciones desde allí mismo y desde la casa de Busacram Bujudmi, el carnicero, padre -en realidad hermano- de Lauari, ellos tomarían algún alimento en casa de Mamía, en la Cueva del Agua. De paso, le presentaban al recién llegado Antón Dolores. Al día siguiente, Sherico y ella, en su cita cotidiana, terminarían los preparativos de viaje de Prófugo Tito a Italia y del chiquillo Antonio a Ceuta, si fuera necesario. Antón y el padre del cuchillo asintieron al plan de Fatema.

--Tras la visita a Mamía, Antón -concluyó el Bujudmi-, nos instalaremos en esta casa del reloj de sol para preparar el grupo que habrá de acompañarte en tu viaje primero a los oasis del sur.

En el camioncito de pescado de Sherico y en un microbús todo terreno, recién adquiridos por el padre del cuchillo, los seis se dirigieron a los lugares previstos, la casa del carnicero de Delmonte y la Cueva del Agua.

Aquella noche, sin embargo -el tiempo lento del sur-, se quedaron en casa de Mamía. Tras un cigarrillo de hachís fumado en la balconada de madera al atardecer, la línea horizontal del mar frente a ellos, delicada en su trazo por la bruma, Antón Dolores experimentó la que él consideraría siempre como primera iluminación sureña. Intentará este amanuense -como hiciera en el caso de Antonio SNP al narrar su historia, aunque espera que con mayor acierto pues no le satisface para nada el tono del discurso puesto en boca del chico- poner en boca de Antón una síntesis de su reflexión sobre ello, como si él mismo narrara, en un monólogo coherente y único,

las múltiples y dispersas observaciones que dejara oralmente y por escrito.

--Aunque por mi edad no tengo una dilatada biografía, las casualidades que han confluído en mi educación acabo de verlas, al fin, cuadradas, o en cierto orden, tras este cigarrillo de hachís -podría muy bien haber dicho aquella noche Antón a sus contertulios, la propia Mamía, el padre del cuchillo, los dos chicos de la banda Jivi y Sherico-. Quiero comenzar por mostraros lo que pienso, desde mi corta experiencia personal, sobre el uso del hachís y similares sustancias, aun considerándome profano en la materia.

El grupo en torno a Antón, distendido y en calma, arrullado por las palabras del recién llegado y, en los silencios, por el mar, estaba aunado una vez más por el ceremonial del té que Mamía dirigiera. El padre del cuchillo, en particular, parecía no perderse ni una mínima sílaba con sentido del discurso de Antón Dolores.

--Fui educado, durante mi adolescencia, en un sistema rigorista y rudo que me describía y explicaba el mundo con un lenguaje religioso que tenía muchos siglos de tradición, de gran coherencia por lo tanto. De buena fe, pues otra información exterior no tenía salvo la que me dieran lecturas dispersas que escapaban al control de mis educadores, cumplía con naturalidad todas las normas de comportamiento y ejercicios para el espíritu que esa antigua tradición religiosa había ido fijando, y según una de las escuelas más modernas de esa tradición, a la que pomposamente habían dado el nombre de "obra de Dios". Debido, en parte, a mi entorno familiar y a los amigos ajenos a aquel grupo semi-siniestro que intentaba relacionarme con mi cuerpo como si fuera mi enemigo, no cuajó aquella verdadera operación de corrupción de un menor... Es, sin embargo, otra historia que un día os narraré con mayor detenimiento.

Después de una pausa, como para reorganizar su mente, los ojos y piel encendidos, siguió el Dolores.

--A esa edad peculiar que son los diecinueve años me llegó la primera crisis madura, por llamarlo de alguna manera, que no iluminación todavía. Como por instinto, me comencé a interesar por otro de los clásicos relatos religiosos de cómo pudiera ser el mundo y el hombre, por la tradición religiosa extremo-oriental asiática. Poco después de iniciada esa nueva hermosa aventura del espíritu, en la isla menor balear Formentera, mantuve mi primer contacto con el hachís. Fue un contacto dulce y delicado, como él es, luego supe que enriquecedor pues que en mi cabeza se encontró con todo un cúmulo más o menos caótico, más o menos estructurado, de vivencias e ideas.

A Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, se le veía embelesado por las palabras del viajero Antón. Mamía, muy al contrario, parecía distraída con el infiernillo, la tetera y los vasitos que de continuo trajinaba y cambiaba de lugar, como trazando una urdimbre mágica de invisibles líneas.

--Tal vez, y aquí pienso que tú, padre del cuchillo, pudieras saber más que yo de ello, tal vez nada exterior te ofrece el dulce humo, aunque sea capaz de potenciar extraordinariamente todo lo que en tu interior hubieras sabido almacenar -Lauari asintió, mudo, sin duda temiendo quebrar la línea clara del discurso del Dolores-. Nada puede ofrecerte que tú no tengas ya, es un simple invitado que te invita a su vez a elaborar la síntesis de las informaciones contrarias que bullen en tu dentro, testigo mudo y sonriente que asiste a tu esfuerzo, catalizador a veces, sólo a veces, y eso podría ser lo grave, en esas como reacciones químicas que precipitan hacia la claridad.

Hubo una pausa. La seriedad del Dolores conmovía.

--O hacia la oscuridad y el laberinto. El dulce humo tiene releje afilado, padre del cuchillo, pero doble como el puñal, penetra en el laberinto de tu cerebro y abre los caminos para que circulen con más fluidez las adquisiciones exteriores que has hecho tuyas o intimado, podríamos decir, alumbra el laberinto para que tengas mayor certeza de él y luego, cuando se va, te deja solo frente a él para que seas tú quien lo alumbrase solo y elabore la síntesis final que te permita recomenzar de nuevo.

Frente a frente Dolores y el Bujudmi, parecían existir ellos dos solos allí, ante el silencio expectante de los otros cuatro, Mamía al fin sus manos quietas, los ojos entornados, como en éxtasis o ajena.

--Un plano preciso de ese laberinto, tal fotografía aérea de una ciudad fortificada, sería ese nuevo punto de partida que el humo delicado podría dejarte como recuerdo a su partida. Mas toda esa información dispuesta para fotografiar eras tú quien había debido desplegarla, la tienes o no la tienes, la puedes comprender o no la puedes comprender, la puedes utilizar o usar o no, la puedes alumbrar o no la puedes alumbrar. De ahí el posible peligro: la oscuridad y el laberinto aparentemente sin salida. En mi caso, padre del cuchillo, pudiera afirmar que tuve suerte.

Ya Antón Dolores parecía dirigirse únicamente a Lauari Bujudmi.

--Por eso hablaba antes de las casualidades que habían confluído en mi educación y que hoy, ahora mismo frente a ti, padre del cuchillo, he logrado expresar con mayor o menor fluidez por vez primera. Pudiera ir más allá aun utilizando una palabra de la que desconfío por ambigua y polivalente, la palabra, por otra parte hermosa, "esquizofrenia". Pienso que el "dulce humo", por esquivar su nombre, por obviar pronunciar el nombre concreto de un algo tan real y material, el "humo delicado" te conduce suavemente hacia la "esquizofrenia", por darle un nombre a algo tan leve, inconcreto y sutil. De la misma manera, aunque más rápido, que las prácticas y las informaciones en lenguaje religioso de las religiones clásicas que he practicado o estudiado son un camino trazado también hacia ella. Y en este punto, padre del cuchillo, puedes decir "es verdad" o puedes decir

"es mentira", buscar otra palabra... y da lo mismo.

Ante una nueva pausa, Prófugo Tito se pudo en pie con toda seriedad. Con movimientos lentos se quitó su camisa holgada, de azul brillante y cuadros verdes en desorden, colores más apagados y pardos en la penumbra aunque de raro efecto a la luz pálida de una lámpara esquinada que Mamía solía mantener encendida toda la noche en la balconada, dejó caer la prenda a sus pies y mostró una camiseta negra y sin mangas con un estampado en el pecho y otro idéntico en la espalda, de colores vivos en los que predominaban gamas del rojo y blanco agrisado hasta el naranja y el amarillo. Eran dos figuras de personaje monstruoso, mitad hombre mitad animal, de garras de rapaz, pezuñas de caballo, cuerpo en parte escamoso de reptil o pez, fauces abiertas, ojos desorbitados y terribles, trozos de cuerpo como placas metálicas o de cuero, algunos huesos del deforme esqueleto al aire, y en sus garras de rapaz despojos sanguinolentos de alguna presa animal o humana.

--¡Shaitán! -musitó Mamía, y volvió a retomar el juego de ordenar los vasitos para un nuevo té.

--¡A qué viene eso ahora, Tito! -musitó con un hilillo de voz Antonio SNP, inquieto ante el gesto de su amigo.

--¡Qué pasa! -le miró de reojo Tito, mientras se acercaba más a Antón Dolores para que pudiera ver mejor el estampado de su pecho-. ¿Acaso no traes tú una camiseta igual a ésta mía?

--Esa es la bestia mascota de nuestro grupo jivi –dijo Antonio SNP, como sin ganas ni convencimiento, en su mirada la del padre del cuchillo-. Pero teníamos pensado diseñar otra mascota menos brutal; ya estábamos un poco cansados de ésta –e intentando sonreír-. Le llamábamos Tina, ¿sabes?

Antón Dolores contemplaba, dijérase conmovido, el monstruo estampado en la pechera de la camiseta negra de Prófugo Tito, en jarras frente a él, como en un alarde para llamar la atención sobre su presencia allí, las piernas abiertas tal compás en cuarenta y cinco grados rematado por zapatones, sin duda recuerdo de un ejército del que había desertado. Los ojos de Prófugo Tito brillaban, entre amenazadores y expectantes, clavados en los ojos de Antón Dolores que escudriñaban el dibujo de la bestia Tina. Al fin, habló Dolores.

--Antonio SNP, ¿qué crees tú que pueden ser esos despojos en las garras de Tina?

Tras unos segundos, el muchacho Antonio habló con voz aún débil y tímida.

--Los restos que quedan de un esclavo devorado...

--¿Podrían ser los tuyos? -insistió Dolores.

--Podrían. Aunque fueron Martín y Martina quienes planearon el dibujo y lo dibujaron con la ayuda de Sidi Kid y la Chispas... Podríamos ser cualquiera de nosotros que, al ser engullidos por Tina, nos convertimos en ella.

Prófugo Tito sonreía ahora, todavía sus ojos fijos en los de Antón.

--Tina, bien alimentada, es capaz de hacer oír nuestra música.

--Y que la gente como nosotros la comprenda -apostilló, con toda seriedad, Antonio SNP.

El padre del cuchillo pendiente de sus palabras, Mamía distraída con el fuego para el té, Tito de nuevo sentado entre el silencioso Sherico y Antonio SNP, Antón Dolores habló de nuevo.

--Vuestra Tina, el rostro que os habéis dado, tiene aspecto terrible y agresivo. Y es que el mundo de la esquizo negra se alimenta de sangre, como los dráculas y hombres lobos, los asesinos y maníacos sexuales, los sado-masocas y los carniceros. Es emocionante ver al viento sus banderas y gallardetes roji-negros, su atávica atracción por la tierra y la noche, por la caverna, su fascinación por los atardeceres incendiarios, la fuerza irresistible del gran culo o del gran coño oscuros y ensangrentados, del reflejo rojo en el ojo de un dóberman negro, del vómito de sangre. La imprecisión, la confusión, el descoloque, la afasia, la dislexia, el laberinto... Una pelea en la noche y a pedradas al saltar la chispa, tras un primer malentendido tonto, la sangre, el clímax álgido, la sangre y la calma, el ritual estrictamente marcado y de todos conocido, como fatal o inevitable: las piedras, los vidrios rotos y la sangre.

El silencio total hacía que el rumor de mar y el bullir del agua en el hervidor de Mamía sonaran como fantasmagórica música electrónica.

--De nuevo en el reino de las engañosas o ambiguas palabras para expresar una engañosa o ambigua realidad. El gran secreto sería el paso de la esquizo negra a la esquizo blanca y de la esquizo blanca a la dorada. La negra era la de los laberintos y la confusión, la blanca la de la paz y la sonrisa sabia, pero poco operativa, incomunicable salvo en la emisión de buenas vibraciones; la dorada, por utilizar un adjetivo prestigioso, la de la sabiduría operativa y comunicable, la de la creación. Fases buscadas, ese camino, por todas las grandes tradiciones místico-religiosas, ese camino izquierdo que algunos llegarán a saber dibujar incluso en su mandala y que conduce a la iluminación, al conocimiento del propio dentro y al control de su proyección al exterior.

De nuevo Antón Dolores y el padre del cuchillo parecían los dos únicos allí, uno hablando para el otro en exclusiva, arrullados por el rumor de mar.

--Desde antiguo, sin embargo, padre del cuchillo, en vuestro mundo cultural islamo-berberisco creo entender que se podría haber dado un interesante proceso -y el matrimonio generalizado entre primos y el uso del hachís, por ejemplo, no serían más que pequeñas anécdotas- en el que pudierais haber conseguido que vuestros niños nacieran con cierto esquizazo puesto en la cabeza, como casquete o cresta, boina o turbante...

El padre del cuchillo, aunque tal vez escéptico, asentía, mudo.

--Proceso truncado, de la misma manera que se pudiera haber ido degradando el más reciente y también masivo del mundo cultural del que procedo yo. Quisiera hacer un esfuerzo para explicarme con claridad. El salto adelante que supondría una posible transmisión genética de eso que diera en llamar "esquizazo", haría que la infancia, deslumbrante y feliz siempre, disfrutara de una verdadera esquizo blanca, de ahí el posible salto adelante, a colmar y transformar en dorada, por seguir con ese lenguaje creado para entendernos, por medio de una educación hacia la claridad, pudiera decirse hacia la clarividencia. En vuestro mundo cultural, padre del cuchillo, hace tiempo que el proceso se truncó. Masivamente la blanca se fue transformando en esquizo negra, desde la adolescencia misma, terrible en sus manifestaciones aún hoy, por ejemplo, y sin duda por una inadecuación de la educación a esa posible evolución biológica. El lenguaje religioso en el que se expresaban los educadores se quedó atrás y la organización de la sociedad evolucionó hacia fórmulas en las que la desigualdad primó y se impuso. En ese ambiente, el salto hacia la dorada fue cada vez más difícil. Sólo algún individuo consiguió remontarse hacia ella, pasar de la blanca a la negra y, de ésta, a la blanca de nuevo para alcanzar la dorada, la de la iluminación; y sólo a título individual, impotente aunque lúcido, señor de los lamentos, señor de las maldiciones y el desconsuelo. Ese airado santón que clama en el desierto, que a veces llega a predicar la destrucción, la muerte de los señores, el fin de los tiempos...

Mamía se había retirado discretamente, tras el último té, y se había acostado en su rincón del interior de la casa. Prófugo Tito también se había tendido al lado de sus compañeros, las manos a la nuca, los ojos entornados, bocarriba, adormecido ya.

--En el mundo cultural del que procedo yo -continuó Antón Dolores-, el posible proceso de incorporación biológica del esquizazo se habría hecho masivo más recientemente y, al igual que en tu mundo, en una sociedad de marcada desigualdad. La lucidez y la impotencia unidas crean el desaliento y esos monstruos, como Tina, terribles y destructores en potencia, el hondón de la esquizo negra que alcanza a los muchachos en cuanto tienen capacidad de analizar su entorno. Ese niño punki, hijo de muchacho jivi y nieto de sus mayores jipis, por usar términos aunque endebles fáciles de localizar, se ve invadido o dominado por la esquizo negra cada vez más pronto y bien podría convertirse en una máquina de destrucción, hasta en su cabello

presente el signo de ésta, la crestita o el cuchillo que tu llevas en tu nombre.

Sherico, como Mamía, también se había retirado discretamente hacia el barracón-casa en donde guardaba la *Fluca linda* y que había compartido, en tiempos, con su medio hermano Halimo. Por su parte, Antonio SNP se había tendido, el pecho de su amigo con la imagen del monstruo Tina como almohada, y ambos parecían dormir. El padre del cuchillo mantenía su mutismo escuchando al, esa noche, locuaz Antón Dolores.

--Estamos, creo, en lo de siempre. El círculo se ha cerrado. Aunque pudiera parecer que el progreso, así, no existe, que hasta pudiera haber regresión, se ha dado un posible paso grande adelante, pero paso adelante que pudiera llevar a la destrucción al fallar la base firme de la organización de los grupos, del mismo análisis social, del gran proyecto de la educación de la gente nacida con la blanca en su cabeza... De ahí el reto, padre del cuchillo, de ahí también la aparente gran confusión.

Amanecía. Antón Dolores calló. Frente a él, Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, meditativo, como desalentado, carraspeó y, con tono que iba ganando en firmeza al ir afirmándose tras el prolongado silencio, llegó a decir:

--Creo entender lo que querías decir, Dolores, pero temo que, tal vez, ha sido tu discurso un juego de palabras únicamente, un combinar los abalorios hasta formar hiladas diferentes. Igual que has utilizado las palabras esquizofrenia, esquizazo y esquizo, podías haber utilizado otra palabra cualquiera. El resultado hubiera sido similar. En nada habrías hecho progresar el posible discurso, el intento de ahondar en la explicación de la realidad.

El motor de la *fluca linda* se oyó abajo, en el embarcadero; Sherico salía a la mar, sin duda para recoger la red dejada la tarde anterior. Antón Dolores sonreía.

--Es mucho que lo hayas comprendido, padre del cuchillo. Estamos en el punto de partida, pero ha habido cierto progreso: sabremos expresarlo. La posible clave puede que siga siendo la misma: la organización de los grupos. Pero con la conciencia clara de que ésta no puede ser posible en una sociedad radicalmente desigual.

Se miraron, observaron a los dos durmientes de la banda jivi, se hicieron un guiño de complicidad y se echaron a reír.

--Sherico también lo sabe. Con su *fluca linda* a ello está, ¿verdad padre del cuchillo?

Lauari Bujudmi asintió con la cabeza.

--Es hora de pasar a la acción, ¿no?

El padre del cuchillo asintió de nuevo.

--Hora de echarse a andar.

Se levantaron, extendieron una cotonada de colores sobre los dos dormidos y buscaron lugar para dormir ellos también.

--Eso es, Antón. Hay que echarse a andar.

*

De nuevo a este amanuense se le plantea la duda de si el tono empleado en la redacción de este capítulo es correcto, de nuevo teme que se le haya introducido de rondón el tono hagiográfico antiguo, y esto pueda hacer desmerecer el conjunto, transformar la narración en un tosco perfilar el deslinde entre el bien y el mal, prostituirla de alguna manera con la insidiosa y envenenadora moralina. Teme que el espíritu de Antón Dolores, que pasaría a la memoria colectiva del paraíso de las islas como el último teólogo, se haya posesionado demasiado de su espíritu, ahogando la presencia del de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, el gran destructor, el gran pulidor o el gran rectificador. Teme, siempre teme. Mostrar un rostro falso. Que parezca que dicta cuando sólo pretende sugerir. Que parezca que afirma con rotundidad cuando sólo se ha propuesto reconstruir una posible conversación. Narrar un encuentro que un día lejano se produjo y que, desde la distancia, ha intentado sintetizar en breves líneas. Pero este amanuense, para poder continuar, debe arriesgarse. Debe olvidarse de sus temores. Seguir adelante. No dejar de andar.